

Nudo rojo

Mauricio A. Figueroa Candia

Cuatro son las historias. Una, la más antigua, es la de una fuerte ciudad que cercan y defienden hombres valientes. Los defensores saben que la ciudad será entregada al hierro y al fuego y que su batalla es inútil
"Los cuatro ciclos", *El oro de los tigres* (1973)
Jorge Luis Borges

Para que me entiendas, déjame contarte un secreto. Hace un tiempo conocí a un hombre. Estaba casado y tenía dos hijas. Fuimos uno por varios meses; lo suficiente como para que se hiciera parte de mis espacios, pero él y nuestro secreto se pusieron pegajosos. Prometió dejarlo todo por mí, y yo no tengo el tipo de estómago para estar en ese lugar. Como también compartíamos otras partes de la vida, de la no secreta, eventualmente conocí a su esposa y a las niñas. Me dio exactamente lo mismo; no sentí nada. Tú ya lo sabes: soy un espejo, rodeado de muros y empalizadas. Un día nos encontramos adentro de una multitud y ella necesitaba que alguien le ayudara con las niñas. Les compré un helado, o algo así, mientras yo vestía mi cara de póker de todos los días. Debe haber sido incómodo para él verse así, vulnerable. Solo después de todo este tiempo me ha tocado darle vueltas al asunto, pero no por él ni por ellas, sino porque ahora existe dentro de mí un fuerte impulso por irme lejos, aunque sé que la fuga no es posible en un mundo tan pequeño como este: se han ido acumulando tantas coincidencias que ya no podemos llamarlas así.

¿Te puedo contar cómo me fue hoy? Esta vez sí que te lo resumo. *Promise*. Me encontré en el hospital con una amiga que no veía hace mucho tiempo. Fuimos a almorzar y conversamos. ¿Nos habremos conocido hace unos 15 años? Vivíamos en la misma

pensión. Ella está igual, muy tierna y entera. Pásame la sal, por favor; gracias. Oye, parece que el salero se tapa con la humedad. Me contó que se casó, y que tiene 2 hijas, una de 8 y una de 2. Dice que su marido solía ser enorme y gordo, pero que se puso a hacer deporte con brío y denuedo y que ahora solo es enorme. Lo malo es que parece que se lo tomó muy en serio. No, no queda. Hay que ir al súper a comprar. Mi amiga me cuenta que cuando nació la segunda el marido casi que desapareció, y que ella sufrió muchísimo, así, sola; me dice que casi se separaron, pero que ahora están mejor. Qué bueno que él reapareció –me alegro por ellos–, aunque también reapareció ella en mi vida, y sin querer me arrastra un poco hacia sí. Yo creo que fue su perfume. Ella, no sé, me recordó esos marcadores de libros viejos que cuidan un lugar en el que ya no pensamos, pero que nos importa. Baja los pies de la silla, por favor. Qué grandes y largas fueron las historias que nos contamos, pero qué pocos y cortos los caminos que nos unen.

Un vórtice de animales se formó a nuestro alrededor. Uno de ellos se fue contigo, mientras yo me quedé abajo, envuelto en silencio. Un árbol necesita abrigo; los trofeos, en cambio, siguen tibios junto a tu cuerpo lleno de manzanas. La luna es un faro para los dos y para un tercer amigo que camina hacia el humo vestido con su traje. No nos encontraremos nunca al medio del puente, porque ninguno de nuestros sueños va a doblarse el número suficiente de veces.